

Homenaje a José Santos González Vera

por ALFREDO ARANDA

681205

En la vida de José Santos González Vera hay un perfil de sombras que no será fácil disipar. Sombras en el silencio, pero en un silencio que llamaríamos vital. Ausente como estuvo de todo bullicio y, —el lo decía—, "para no preocupar a la opinión pública", González Vera miró el mundo con un personal encanto, sumido como en un sueño dilatador del disfrute de no estar presente, tratando de evitar, como evitaba, que se descubrieran las llamadas raíces humanas de su existencia.

Es que tenía un mirador propio para observar la inquietud causada por la pobreza, el desempleo, las injusticias. Y, desde esa ventana, veía a los seres y las cosas: los perfils caricaturescos, la ingratitud de los objetos que lo rodeaban, como flotando en torno y en circular agitación. Así fue como el escritor vivió su propia pasión, que consistía en no apasionarse, esa pasión que consistía en un caminar lento, indiferente y viscosa, pero a la vez lleno de luz interior, la misma luz resplandeciente en su ambigua charla, en su conversación, en su sonrisa, todo configurando como una vela de un metal extraño, que algo tenía del significado de la búsqueda de la felicidad del hombre que soñó Montaigne.

En su obra literaria, —no abundante—, contornea también una luz diferente de la que acostumbramos ver en la literatura chilena. Es la que brota surgente de una concepción idealizada y en cierto modo realizada con los resplandores de un arte personal. Ella quizás se explica porque el escritor vio el mundo sólo a su manera, sin amarras, sin convencionalismos, sin disciplinas establecidas, sin sujeciones aparentes. Sus cuentos y sus novelas reflejan armónicamente la visión de un escritor distinto a los demás. El encuentro parece venir de la humildad de las gentes del campo y por qué no del día en que su padre decide su destino con un rotundo: "Ahora trabajarás". Y el niño, el adolescente y el hombre trabajan en los oficios más humildes y humildes: Lustrador de zapatos, aprendiz de pintor, oficial de zapatero, mozo de costurera, corrector de pruebas, anticuario, vendedor de revistas y barbero, hasta llegar a la Oficina donde un día de fines de 1950 lo sorprende, antes que a otros, el Premio Nacional de Literatura. Tanta entonces gran parte de su obra escrita en páginas donde vemos desfilar a los personajes más curiosos del regionalismo chileno.

¿Quién era este autor? ¿Cómo luce su figura humana? Un crítico dice que "había en él algo de inconcluso en sus gestos ner-

vosos, en su cigarrillo que no acababa nunca de convertirse en ceniza, en sus despedidas inseguras".

En la vida real se valía de las sonrisas y en su obra literaria de los silencios.

Dijimos ya que encontramos en González Vera un silencio vital. Ese silencio se convierte en sus primeras obras: "Vidas Mínimas", "Alhucé" y "Cuando era muchacho" en los retratos más vivos, más pintorescos, cuyo símil cuesta hallar en la literatura nacional. Es lo que se ha llamado el humorismo de la impresión. No deja de ocurrir lo mismo en el resto de su obra compuesta por "Eutrapelia", "Algunos", "La Copia y otros originales" y "Necesidad de Compañía".

Y para demostrarlo ahí están algunos de sus cuentos: "Loreto era bajita, delgada, paliducha, Parecía hoja; pero el otoño pasaba sin causarle quebranto. Su cuerpo orgánico poseía una fuerza nerviosa, inaspechable. Odio la alegría y el ruido" Otro, "Al rato se abrió la puerta y apareció una mujer redonda, pequeña, deformada; una mezcla de saco y de barril". Y, finalmente, "El hombre se volvió y nos saludamos. La mujer le pasó la carta. Era un vejontón de cara cuadrada y piel amarilla y sucia. El alto del ojo izquierdo lo tenía cubierto con un trozo de paño negro, con una fontanilla. Su bigote recortado y opaco parecía un cepillo sin mango".

Este humorismo de la impresión, la manera de ver a las gentes humildes, casi siempre habitantes de conventillos, y este modo de retratarlos con un enfoque especial le dieron a González Vera el tema central de su obra, impregnada de distorsionada ternura y de una poesía flotante. Su estilo está lleno de sugerencias poéticas, de silencios, de sordina, aunque se hable de que en prosa hay cierta vaguedad.

Pero si tal vaguedad existe, en ella radica precisamente su personal felicidad. En ese silencio, en ese aislamiento, en la soledad, González Vera quiso que no sólo se redactara su vida, sino también su propia muerte. Dispuso que junto a su cadáver no se encendiera ningún cigarro, ninguna vela. No hubo velorio.

Determinó quedarse definitivamente sólo, encerrado en su pieza, hasta que su forma humana se convirtiera en ceniza, esa ceniza que ya está esparcida entre las flores del jardín de su casa. Así prefirió que fuese el mundo que lo rodeaba y así dispuso que sucediera su muerte.

Aranda, -Tosquillo - 20-III-1970 - p.3

Homenaje a José Santos González Vera [artículo] Alfrdo Aranda.

Libros y documentos

AUTORÍA

Aranda, Alfredo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1970

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Homenaje a José Santos González Vera [artículo] Alfrdo Aranda.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile